

EL CASO DE SOPAPOS Y SU BANDA DE MATONES

CAPÍTULO I

Os voy a contar unas cuantas cosas sobre mí. Prestad atención porque son muy importantes.

Me llamo Luciana, tengo diez años y esto es lo que me gusta y no me gusta:
No me gusta ir al cole.

Tampoco me gusta Gustavo, uno de clase al que todos llamamos Sopapos.

Me encanta la mortadela.

Y odio que me miren la barriga.

CAPÍTULO II

Ir al cole es un asco porque allí está Gustavo, tiene una banda y siempre se meten conmigo. Aunque Gustavo, alias Sopapos, es el peor porque es el jefe:

-Barrigona, so gorda- dice, en cuanto aparezco-. Ya ha llegado la vaca Luciana.

-¡Ja, ja, ja!- ríen sus compinches.

Vaca, gordinflona, ballena, tonelete... Todo eso me llaman Gustavo y sus amigos.

-Pues no les hagas caso- me aconsejan mis padres si les digo que no quiero ir a clase-. Ya está. Es muy sencillo. No les hagas caso y punto.

¿Que ya está? ¿Que es muy sencillo y punto? ¡Pues ni punto ni coma! ¡Mis padres no tienen ni idea! Y es que Gustavo es malo, malísimo. Y no sólo se mete conmigo, también se mete con otros. Sobre todo con los que son diferentes o más débiles.

Una vez insultó a uno de clase que se llamaba Ramón. Ramón llegó a la escuela andando, despacito. Se apoyaba en una muleta porque se había roto un pie:

-¡Ahí viene Tres Pies!- chilló Sopapos en cuanto vio la pierna escayolada hasta la rodilla y la muleta- ¡El tres pies cojo más lentoooo del mundo!

-Tres Pies!- repitió uno de sus secuaces, muerto de risa, al ver cómo andaba Ramón, dando tropezones.

-¡Tres Pies! ¡Tres Pies!- corearon todos.

Y ya está. Al cabo de dos minutos, por culpa de Gustavo, toda la banda llamaba Tres Pies a Ramón.

Que conste que a mí Ramón no me cae bien porque una vez no me dejó copiarle en un examen. El examen lo había puesto por sorpresa la seño Sofía y fue súper difícil. Saqué un cero patatero, desde entonces no le aguanto. Y cuando Sopapos le llamó Tres Pies no me importó mucho. Hasta sentí una mariposa en la tripa. Una de esas que te hacen cosquillitas.

-¡Ji, ji!- me reí por lo bajo.

La mariposa revoloteaba dentro de mí con satisfacción: me acordaba del cero del examen y de la rabia que cogí a Ramón. Lo malo es que como Sopapos siguió burlándose, la mariposa dejó de hacerme cosquillas. Y cuando Gustavo se acercó y dio a Ramón una patada en la muleta, y catapún, éste se cayó al suelo, la mariposa se convirtió en araña. Era un araña grande, negra, fea y peluda. Una araña que dolía y ya no me gustaba. Me arrepentí mucho por las cosquillas de antes. Recordé que a mí me llaman gorda y lo mal que me sienta. Por eso me salió un grito:

-¡No le hagas eso, Gustavo!- chillé- ¡Deja en paz a Ramón, so bruto!

Pero Gustavo no me hizo caso:

-¡Tú te callas, gordinflona!- respondió- ¡O ya verás como también cobras!

Y yo me callé, claro.

CAPÍTULO III

Una vez la seño Sofi nos habló del bullying.

-¿Sabéis lo que es?- preguntó.

Antonio, el de la primera fila, levantó la mano. Es el que más veces la levanta porque siempre sabe las respuestas. La seño Sofi le dijo venga, que nos dijera qué significa esa palabra:

-Bullying es cuando alguien te mete la cabeza en la taza del wáter- dijo.

Sopapos y los de su banda soltaron unas cuantas carcajadas al oírlo:

-¡Ja,ja, ja!

Pero a la seño Sofi la cosa no le hizo ninguna gracia:

-No hace falta llegar a tanto. -Estaba muy seria-. Bullying es cuando alguien nos insulta continuamente, nos persigue, siempre nos dice cosas desagradables y eso nos hace sufrir.

¡Caramba! ¡Nos quedamos de piedra!

Sobre todo Juanjo, Cuatro Ojos, ya que Gustavo siempre le insulta y le pega porque lleva gafas. También Eneko, el melenas. Los de la banda le han puesto ese mote porque el pelo se le cae y tiene calvas en la cabeza. Se pasan el tiempo persiguiendolo para reírse de él.

Y luego pensando, pensando, me di cuenta de que a mí me llaman Vaca porque tengo barriga, y a Max le dicen Pico de Oro, para burlarse de él porque es tartamudo.

-O sea, que no hace falta meter a nadie la cabeza en el váter- repitió la seño- Para que haya bullying basta con que un abusón nos insulte una y otra vez, con intención de hacernos daño.

-¡Pues mira, eso hace Gustavo!- murmuré yo por lo bajo.

Sopapos me oyó. Y cuando la seño se dio la vuelta para escribir en la pizarra, me señaló con un dedo. Luego se lo pasó por el cuello:

-¡Sé dónde vives, Vaca Gorda!- susurró- ¡Ya verás cuando te pille!

Glups. Me puse muy roja, bajé la cabeza y no añadí media palabra.

CAPÍTULO IV

Gustavo y los de su banda se juntan en los recreos y a la salida de clase. En los recreos esperan a que el profe al que toca la vigilarnos se despiste. Luego aprovechan para hacer de las suyas. Nos persiguen para darnos empujones, meterse con nosotros y quitarnos el bocadillo. Yo el mío me lo como a escondidas, en el cuarto de baño.

En cuanto suena el timbre que anuncia el recreo, meto la mano en la mochila, cojo el bocata y salgo pitando. Me doy una carrera hasta llegar al baño, cierro la puerta, quitó el papel del envoltorio y...Ñam. Le doy un gran bocado. Ñam, ñam y ñam. Lo devoró en dos segundos.

Y es que si no te lo comes rápido y a escondidas, no te lo comes:

-¡Trae aquí, Cabezón de Zanahoria!- le dijeron ayer a mi amiga Ikerne, que es pelirroja.

A Ikerne la pillaron en cuanto la seño Sofi salió por la puerta de la clase. Es entonces cuando hay que tener más cuidado porque Gustavo y los suyos disimulan mucho y bien. Cuando la seño Sofi está delante no dicen ni pío. No se meten con nadie. Se portan como angelitos. Pero en cuanto la seño desaparece...

Y eso ocurrió ayer: Ikerne se entretuvo guardando el estuche en el cajón y Gustavo y los otros se aprovecharon.

-¡Ya se ha ido!- dijo el que estaba vigilando en la puerta para ver cómo la seño Sofi doblaba la esquina y desaparecía en el pasillo.

A mi amiga le quitaron el bocata de chorizo, lo tiraron al suelo y empezaron a pegar saltos encima. ¡Pobre Ikerne! El bocata se quedó espachurrado y ella sin comer nada. Llegó llorando al cuarto de baño. Toc,toc. Dio un par de golpes en la puerta.

-¿Quién es?- grité con la boca llena.

Ikerne me contó lo sucedido y no tuve más remedio que abrir la puerta y compartir mi bocadillo. Bueno, lo que quedaba de él porque era de mortadela y ya

he dicho que me encanta. Lo había acabado casi entero y sólo pude darle el currusco.

Luego fuimos a clase mirando tras cada esquina, antes de pasar a la siguiente, no fuera a ser que Gustavo y los de su banda estuvieran por allí. Por suerte no les encontramos. Enseguida llegamos y nos pusimos a recoger trozos de pan y chorizo.

Sí, ya sé. Alguno leerá esto y pensará que somos tontas. Que mejor era dejarlo todo en el suelo y acusar a Gustavo y sus amigos. Contarle a la seño lo que está pasando.

Pues no. Creedme. Lo intentamos una vez y no resultó. Gustavo negó todas las acusaciones. Al final la seño se enfadó muchísimo y nos obligó a recoger entre todos el bocadillo pisoteado. Después nos puso un castigo.

Gustavo obedeció sin decir media palabra pero luego me esperó con sus amigos a la salida del colegio.

-¡Ahora vas a saber lo que es bueno, gordinflona!-dijo.

Me quitó la mochila, sacó mi cuaderno de deberes y lo tiró en medio de un charco.

-¡Mira, so Vaca!- gritó- ¡Esto te pasa por chivata!

Ya me diréis que iba a hacer yo sin el cuaderno. Pues nada. Total que no hice los deberes y al día siguiente pasó esto:

-¡Luciana!- La seño Sofi echaba fuego por los ojos- ¡Muy, pero que muy mal!

¡Me puso otro cero!

Esto no puede seguir así. Algo hay que hacer con Gustavo y los de su banda. Por eso tengo que idear un plan. Y ese plan es el que os voy a contar en esta historia... La verdad es que al principio no tenía ni idea de qué podíamos hacer para cambiar las cosas en el cole. Sopapos era más fuerte que cualquiera de nosotros, porque es más grande, y además siempre estaba acompañado con su pandilla. Me fui a merendar un sandwich de mortadela con queso para ver si me aclaraba las ideas y para hacer callar a mi pobre barriguita. Así pues, en eso consistía el poder de Gustavo, en su fuerza y en el apoyo de su grupo, fue entonces cuando me di cuenta de que nosotros, las víctimas de sus abusos, éramos más que ellos, lo que pasa es que no estábamos tan unidos. O sea que nuestro grupo era más grande, aunque seguíamos sin poder competir en fuerza.

CAPÍTULO V

Me fuí al salón un rato mientras trataba de resolver nuestro pequeño rompecabezas, mi madre roncaba tumbada en el sofá con el mando a distancia de la televisión en la mano, había trabajado durante toda la mañana y debía de estar muy agotada de tanto trabajar, así que no trate de coger el mando para ver los dibujos animados. En la tele había un aburrido documental de historia, estaba lleno de imágenes antiguas en blanco y negro de gente rara. El protagonista era un viejo muy delgado con gafas que vivía en la India, Gandhi creo que se llamaba. Al parecer antiguamente los ingleses gobernaban en la India en vez de los hindúes, gracias a la fuerza del ejército inglés, pero aquel hombre delgado y sus seguidores consiguieron vencerlos, y sin usar la fuerza física, pues ellos no tenían soldados, solo lo consiguieron mediante su gran voluntad de resistir. Fue entonces cuando me di cuenta de que nuestra situación en clase era muy parecida a la de Gandhi y sus amigos. Y desde entonces el documental dejó de parecerme aburrido.

Esa era la clave, nosotros no podíamos competir con Gustavo y su banda por fuerza, entonces no usaríamos la fuerza física, pero éramos un grupo más grande, eso sería nuestra verdadera fuerza, nuestro numero y nuestra voluntad para cambiar las cosas.

CAPÍTULO VI

Al día siguiente mi cabeza estaba como acelerada por la excitación, me sentía como la protagonista de una película de espías que tiene que camuflarse entre los malos para que no la cacen. Antes de entrar en clase le conté a mi amiga Ikerne el plan en el baño de las chicas, un lugar al que Gustavo y sus amigos no tenían acceso. En realidad, no tenía el plan muy organizado, pero Ikerne me ayudó mejor con los detalles, y también a contactar con los demás niños y niñas que estén hartos de Gustavo, sin que se diera cuenta el enemigo. Aquel día no aprendimos mucho en clase de castellano, pues nos pasamos un montón de notas Ikerne y yo sin que ni Sopapos y sus amigos ni la profesora se dieran cuenta.

Casi todos en clase estaban hartos de los abusos de Sopapos, lo que pasa es que no sabían que los demás sentíamos lo mismo.

Llegó el recreo, y el abusón y su banda acorralaron a Ramón (el chico de las muletas) en el patio para quitarle el bocadillo, como era habitual. Cuando vimos lo que pasaba supimos que había llegado la hora de enfrentarnos a él, de poner en marcha nuestro fantástico plan, estaba muy nerviosa y sentía un montón de mariposas revoloteando en mi estómago otra vez, Ikerne, unos cuantos niños más y yo nos pusimos delante de Sopapos con los brazos cruzados, y mirándole muy fijamente. No había pasado tanto miedo en toda mi vida, pero nuestra voluntad de resistir fue más fuerte como la de Gandhi. Nos dieron unos cuantos empujones y nos llamaron de todo, pero al ver el barullo que se montó las vigilantes del patio enseguida se acercaron a ver qué pasaba. Gustavo y su banda no tuvieron más remedio que irse, aunque prometieron que se vengarían en cuanto acabáramos el

colegio. Un escalofrío me recorrió la espalda, pero de repente todos gritábamos, sonreíamos y nos abrazábamos de la felicidad:

- Bien lo conseguimos

- No me lo puedo creer

- Hemos ganado nuestra primera batalla- y muchos comentarios como esos empezamos a decir.

Durante el resto de las clases las felices mariposas volvieron a transformarse en algo desagradable en este caso en muchas piedras pesadas, tenía mucho miedo de que llegara la hora de salir del colegio porque uno nunca sabe lo que Gustavo es capaz de hacer cuando está muy enfadado.

CAPÍTULO VII

No obstante, las cosas no fueron mejor para Gustavo cuando pasó la mañana. Él se quedaba a comer en el comedor, y la mayoría de sus amigos comían en casa, así que no pudo vengarse, ya que ya ni siquiera contaba con el apoyo de su grupo. Se le veía nervioso, y hasta me pareció que por primera vez era él el que tenía miedo.

Los días siguientes fueron bastante parecidos a aquel primer día en que nos unimos para hacer frente a Sopapos y sus amigos. Cuando iban a por alguno de nosotros el resto salía en su defensa, e incluso después de clase muchos de nosotros quedábamos para volver a casa en grupo, lo que hizo que nos hiciéramos más amigos entre nosotros. Esto fue otro golpe para nuestros enemigos, pues pronto nadie les dejaba copiar los deberes, ni querían jugar con ellos en el recreo un

partido de fútbol, y no es muy divertido jugar con tan solo tres o cuatro personas. En poco tiempo eran ellos los que estaban cuando nos veían.

A mi no me puso muy contenta. Las cosas habían mejorado mucho para nosotros, y al principio si disfrute de nuestro poder y de la sensación de venganza, pero solo al principio. con el paso del tiempo me di cuenta de que ahora nosotros éramos los malos, los que tenían la fuerza, y tengo que admitir que a veces abusábamos de ella. No es que les pegáramos o les quitáramos el bocadillo pero estaba claro que el dejarles siempre solos les estaba haciendo tanto daño o más como un sopapo bien dado.

CAPÍTULO VIII

De nuevo no volvimos a aprender nada en clase porque Ikerne volvió a poner la red de notitas en funcionamiento, aunque no sabíamos muy bien qué es lo que queríamos decir. Supongo que lo principal era que no debíamos comportarnos con Gustavo como ellos se habían portado con nosotros y que deberíamos cambiar las cosas de inmediato porque lo que hacíamos no estaba bien. Otros niños de clase pensaban lo mismo que nosotras, y algunos incluso echaban mucho de menos los partidos de fútbol con toda la clase, pues como Sopapos era grande y fuerte podía correr mucho rato por el campo sin cansarse y por supuesto podía meter goles sin cansarse. Un día cuando estábamos jugando toda la clase al baloncesto Gustavo y su banda pasaron al lado nuestro:

- ¿Quereis jugar ?- Les pregunté con una gran sonrisa dibujada en la cara pero al mismo tiempo algo aterrorizada, porque no sabia como podia llegar a

reaccionar. Al principio nos miraban con desconfianza pero al final comprendieron que lo hacíamos con buena fe y entonces dijeron:

- Vale.

Así pues, poco a poco empezamos a pasarles la pelota, y fueron cogiendo cada vez más confianza en nosotros. Y siempre que jugábamos a algo intentábamos preguntarles si ellos también querían jugar con nosotros.

De vez en cuando todavía vuelve a aparecer el Sopapos abusón de antes, cuando se enfada o algo no le sale como quiere, pero entonces basta con que crucemos los brazos, le miremos fijamente y le digamos su nombre en tono enfadado para que cambie su actitud. Puede que no queramos ser unos abusones, pero la voluntad de defender nuestros derechos sigue más fuerte que nunca. La situación ha cambiado por completo en el colegio, y no es que seamos muy amigos de Gustavo y su grupo, pero bueno, tal vez con el tiempo las cosas cambien, después de todo, solo somos unos niños.

